

Enemigos

Carlos Be

Versión 1

Cualquier reproducción no autorizada de *Enemigos* de Carlos Be, por cualquier medio, podrá ser perseguida de acuerdo con la legislación vigente en materia de Propiedad Intelectual.

Si quieres producir *Enemigos* de Carlos Be en España, contacta con la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE) en cualquiera de sus sedes nacionales. Si quieres producir *Enemigos* de Carlos Be en otro país, contacta con Anna Pychová de Aura-Pont, su agencia internacional con sede en Praga, República Checa:

+420 739 652 531

anna.pychova@aura-pont.cz

www.aura-pont.cz

Para cualquier otra consulta, escribe a hola@carlosbe.net.

Más información sobre *Enemigos* de Carlos Be: www.carlosbe.net.

PERSONAJES

ABOGIN
ESPOSA DE ABOGIN
KIRILOV
ESPOSA DE KIRILOV

La ESPOSA DE ABOGIN se aburre en su dormitorio. De repente, se percata de que alguien le observa y adopta un porte veleidoso.

ESPOSA DE ABOGIN. De pequeña ya me gustaba volar. A la hora de dormir me metía corriendo en la cama de mi madre antes de que ella llegara. Dormía con mi madre. Mi padre había muerto. Un aneurisma. Ah, sí, claro que lo sabes. Estoy tan cansada de repetirlo: ¿Y tu padre? Mi padre está muerto. Un aneurisma. Qué lástima, y tan niña... Condolencias. Gracias, gracias...

Nos dejó solas a mi madre y a mí. Yo la esperaba en la cama bien arropada, boca arriba, los brazos cruzados sobre el pecho, y cuando mi madre se metía en la cama, por el peso, ella era muy corpulenta y yo tan escuálida, mi parte del colchón se elevaba y como en un trampolín de sueños me lanzaba a volar. A volar. Hasta el amanecer.

Por la mañana, cuando mi madre se levantaba y el colchón recuperaba su forma, yo me desprendía del sueño y caía a un nuevo día. Casi siempre llorando. Los sirvientes me llamaban la haragana, decían que, si de mí dependiera, me pasaría los días enteros durmiendo. No entendían nada. Envidia es lo que tenían, ellos nunca han podido permitirse el privilegio de soñar.

¿Recuerdas el día que nos conocimos? ¿Qué habría sido de nosotros si la esposa de Gnuchev no nos hubiera presentado? Para mí fue un día tan especial. Mágico. Y todo lo que sucedió allí, aquella tarde de domingo en que volamos en globo, se solapa y avanza inexorablemente hacia mi futuro, el futuro que quiero vivir. El que quiero vivir, no el que quiero soñar.

En el globo me puse a llorar. Me tendiste un pañuelo. ¿Recuerdas qué dijiste? ¡Calla! ¡No digas nada! Bastante me ha costado hacerle creer a mi marido que hablo sola como para que ahora tú lo estropees todo. Dijiste “Si no es impertinencia” o algún formalismo por el estilo, “Si no es impertinencia, ¿puedo preguntarle la razón de su aflicción?” “La razón de su aflicción.” Qué manera tan boba de dirigirse a una dama. Pero claro, tú eres mi bobo, ¿verdad?

No recuerdo qué te respondí, no atendía a mis propias palabras, tenía que salir del paso, en aquel instante no podía dejar que nada interrumpiera lo que estaba viviendo. Ahora puedo responderte. Lloraba por lo que veía. No me refiero al paisaje, no. Era algo más abstracto... El horizonte. El horizonte. Nunca había visto un horizonte hasta aquel día en que viajamos en globo. Y lloré. Lloré, pero no como de pequeña, cuando se me arrebatava de los sueños. Lloré de felicidad.

El globo. Las cornejas volando por debajo de nosotros. Aquel negro –¿te acuerdas de aquel negro?, el sirviente de Gnuchev que nos acompañaba en el globo, nos contó su historia, ¿verdad?, lo trajo Gnuchev del continente africano, el verano pasado–. Yo. Tú. Y el horizonte alumbrándolo todo. Todo al alcance de la mano. Todo tan real.

Ante aquel horizonte, supe que los sueños pueden cumplirse, supe que pueden convertirse en realidad. Y por fin ha llegado el momento de acabar con todos los sueños. A partir de hoy, dejaré de soñar. A partir de hoy, sólo existirá la realidad.

Soy muy feliz, Alexandr. Soy muy feliz porque sé que aún voy a serlo más. Cómo me gustaría oír tu voz, suave, tierna, no te lo voy a negar, pero no puede ser, tienes que esperar, tienes que conformarte con mirar. ¿Me has pintado hoy? Tendrás que darte prisa, cómo te las ingeniarás para mantener el brillo del verano en mis cabellos. Hoy he visto el primer árbol del otoño. El primero en perder las hojas. Caían al suelo en vertical, como si fueran de plomo.

¡Él!

ABOGIN. ¿Amor?

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Qué quieres!

ABOGIN. Creí que me llamabas...

ESPOSA DE ABOGIN. ¡Pues no! ¡No y no! ¡Estaba hablando sola como muy bien sabes! ¡Y cuando hablo sola no se me puede molestar! ¡No me interrumpas! ¡Si me interrumpes es peor!

ABOGIN. ¡Amor!

ESPOSA DE ABOGIN. ¡Que me dejes sola! ¿Ya has acabado con el violonchelo? ¿Qué hora es? ¡Vete!

ABOGIN. Me preocupas...

ESPOSA DE ABOGIN. Es mi enfermedad, esposo mío, y puedo asegurarte que a mí me preocupa mucho más que a ti. Si la única manera de aliviar este malestar que padezco es hablando sola, significa que debo hablar sola, ¿comprendes? Sola. Y cualquier interrupción es fatal. La acentúa. Me duele...

ABOGIN. Deberíamos llamar a un médico. ¿Quieres que vaya a buscar...?

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Para qué? ¿De qué me servirá hablar con él? Empeoraría...

ABOGIN. Eso que padeces es tan... Raro.

ESPOSA DE ABOGIN. Acuérdate de mi padre. Él necesitaba hablar.

ABOGIN. No me digas eso...

ESPOSA DE ABOGIN. Oh, no, amor mío. No quiero asustarte. Yo no moriré, soy demasiado joven y...

ABOGIN. ¿Quieres venir al salón? Aún tengo que practicar un poco más con el violonchelo y no me gusta tocar para nadie. Me siento muy solo. Ven a escuchar, amor.

ESPOSA DE ABOGIN. Tendré que arreglarme.

ABOGIN. Estás preciosa.

ESPOSA DE ABOGIN. Tú me querrías aunque fuera hecha un trapo.

ABOGIN. Te quiero.

ESPOSA DE ABOGIN. Ven. Ya se me está pasando. Yo también te quiero. Quédate aquí conmigo. Es que fuera del dormitorio, por la casa, no sé, me aburro. Y estoy intranquila.

ABOGIN. ¿Te sientes mal?

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Por pensar debería sentirme mal? Yo pienso. Y deseo. Y sueño. Pero estoy harta de soñar. Llevo tantos años soñando... Para descubrir, al cabo de tanto tiempo, que no sueño más que mentiras.

Aunque puedas tomártelo a broma, podría morir en cualquier momento, de forma súbita, como mi padre. Y dejar el vacío que él dejó al desaparecer. Mi madre no sabía, no entendía. Qué pecado. Pobre madre, no hubo nada que le hiciera comprender la pérdida, nada donde aferrar su desdicha. Nunca más abrazó a nadie, ni siquiera a mí. Creo que al final optó por echarse la culpa.

ABOGIN. No me gusta cuando hablas así...

ESPOSA DE ABOGIN. Hoy he tenido un sueño... Déjame que te lo cuente. El sueño era, de alguna manera que no sé explicarte, la continuación del sueño de la noche anterior y el de la anterior y el de la anterior... En apariencia no tenían nada que ver, pero sí, tenían en común lo que sentía, esa inquietud en el pecho... La misma en todos los sueños.

En mi último sueño soñé que vivía en una mansión enorme, llena de espejos. Dentro de los espejos vivía mucha gente, multitudes de gente hablando, riendo entre ellos. Ellas eran blancas y ellos negros, sí, y también había muchos cuervos volando por las habitaciones, volando dentro de los espejos. Yo era la única que estaba fuera y los contemplaba. Y por las ventanas entraba un ruido como de mar, de olas contra la arena, pero más continuo, rápido...

ABOGIN. Sabes que me gustaría pasar más tiempo contigo...

ESPOSA DE ABOGIN. Y ahora esa inquietud anida en mi corazón, me la he traído de los sueños. Y huele. Huele a perfume. Si pusieras tu mano en mi pecho, notarías como perfuma toda mi piel. ¡No, no me toques! Es la inquietud que daba alma a mis sueños y ahora los ha abandonado y está aquí, conmigo.

ABOGIN. Este fin de semana es la cacería. Vendrá mucha gente. Nos lo pasaremos bien.

ESPOSA DE ABOGIN. Por fin mi vida se convertirá en lo que anhelo.

ABOGIN. Podríamos ir paseando hasta el belvedere del lago y...

ESPOSA DE ABOGIN. Sí, pero mientras tanto, ¿quién tiene que encargarse de que todo esté a punto? Me cansa tanto lidiar con la servidumbre... No entienden nada. ¿No podríamos contratar un maestro de ceremonias? Al menos podría razonar con alguien.

ABOGIN. Si la cacería es pasado mañana...

ESPOSA DE ABOGIN. Tengo una lista de maestros de ceremonias. Escribí a la hermana de Papchinski, ella me la proporcionó. Me gustaría escribirles esta misma tarde. Podrían estar aquí a primera hora de la mañana. Les entrevisto y...

ABOGIN. Te ha cambiado la cara, amor.

ESPOSA DE ABOGIN. Entonces, ¿te parece bien?

ABOGIN. Por supuesto. Es un poco precipitado pero... Tú nunca te equivocas. Nuestros invitados quedarán encantados. ¡Ayer vi unos lebreles que despertarían la envidia de nuestros amigos! El criador es...

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Dónde?

ABOGIN. En la ciudad.

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Puedo ir contigo? Mañana, después de entrevistar a los maestros de ceremonias, podría acompañarte...

ABOGIN. Veremos.

ESPOSA DE ABOGIN. ¡Gracias!

ABOGIN. ¿Por qué te has peinado hoy así?

ESPOSA DE ABOGIN. ¿No te gusta?

ABOGIN. Sí.

ESPOSA DE ABOGIN. A veces los maridos no saben qué les conviene a sus mujeres. Vivo hacinada en convenciones. ¿Vas a tocar un poco más...?

ABOGIN. ¿Amor?

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Sí?

ABOGIN. Bésame.

ESPOSA DE ABOGIN. A veces me repugno...

ABOGIN. Por cierto, Papchinski está en la finca.

ESPOSA DE ABOGIN. Ah. ¿Y?

ABOGIN. Pensaba que a él le gustaría ver los lebreles... ¿No has escuchado sus

caballos?

ESPOSA DE ABOGIN. No... ¿Cuándo ha llegado?

ABOGIN. Hará una hora.

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Y está en el salón? No puedo salir de esta guisa...

ABOGIN. Está atrás. Con los criados.

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Cómo!

ABOGIN. Anoche, después de cenar, me confesó que ronda a una de nuestras sirvientas...

ESPOSA DE ABOGIN. ¡Qué atrocidad! ¡Vaya un estúpido!

ABOGIN. Es mi mejor amigo.

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Tú también rondarías a una... a una criada?

ABOGIN. No...

ESPOSA DE ABOGIN. Es un estúpido.

ABOGIN. No pensaste eso al conocerle... Te pareció muy galante.

ESPOSA DE ABOGIN. No le conocía. Solamente se presentó.

ABOGIN. Tendrías que querer a mis amigos tanto como yo les quiero. Ah, y deberías devolverle el pañuelo. Vi que lo tenías en el escritorio.

ESPOSA DE ABOGIN. Pero si... Se lo devolví el mismo día.

ABOGIN. Las iniciales eran las tuyas.

ESPOSA DE ABOGIN. No puede ser.

ABOGIN. A.P. Alexandr Papchinski.

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Seguro que es suyo? Papchinski está cada noche aquí. Parece que no tenga hogar. Lo olvidaría en una de sus visitas y el servicio... Son tan indisciplinadas. Claro que ahora se explica, el pañuelo, la sirvienta... Por eso Papchinski viene tanto. Y nosotros, sin tiempo para estar solos...

ABOGIN. Creía que su compañía te agradaba.

ESPOSA DE ABOGIN. Y me agrada. Pero también me desagrada que pases tanto tiempo con él. A veces... Con vosotros... Me siento sola... Me gustaría poder darte algo, una ofrenda de mi amor...

ABOGIN. Sabes que sólo con tenerte...

ESPOSA DE ABOGIN. Ya, a tu lado. Está anocheciendo. Se acerca el otoño.

ABOGIN. Tienes que escribir a los maestros de ceremonias.

ESPOSA DE ABOGIN. Es verdad. Ahora mismo me pongo.

ABOGIN. Voy a tocar el violonchelo.

ESPOSA DE ABOGIN. Se ha ido.

¿Estás ahí?

No... ¿Dónde estás?

¿Quieres que baile? Tengo ganas de bailar.

Los inviernos son crudos.

Ya se acercan. Vienen. Un invierno, dos inviernos, luego tres inviernos... Es un ciclo eterno. La luz de esta casa no me sienta bien.

Quiero ser clandestina.

Recuerdo cuando me dijiste que la luz de esta casa no me sentaba bien.

Yo te pregunté qué luz podría sentarme bien.

¿Recuerdas qué respondiste?

Señalaste al sur.

Estoy cansada...

Creía que era un cuento de hadas... Tras la muerte de mi padre todo era tan gris... Hasta que llegó Abogin. Con su música. Le dije compónme. Compónme una canción. Dedicame tu arte. Y sonó el piano bajo la luz de la luna. La música más espantosa que jamás he oído. Fue incapaz. Un incapaz. Le dije nunca más.

Y tú me estás pintando. Antes de que mis cabellos pierdan el brillo. Antes de la muerte. Te dije que no me gustaban los artistas. Lloré en tu hombro. Te conté lo desgraciada que era con mi esposo, un músico incapaz. Sonreíste.

¿De qué te ríes?

“La música es una casa. En ella puedes vivir. O morir. Pero la pintura es un espejo. En ella te ves.”

¿Y qué verías si tuvieras que pintarme?

“La luz de esta casa no te sienta bien.”

Cuando nos despedimos, fui corriendo a la biblioteca. Sabía que allí había un atlas, en alguna parte. Lo encontré, arriba de todo. Lleno de polvo. Lo abrí sobre la escalera y busqué el sur. El sur. El sur. El sur...

Vi el sur.

Y mis ojos cruzaron horizontes.

Estoy...

Estoy harta, ¡harta de este cuento de hadas!

ABOGIN. ¡Amor!

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Qué!

ABOGIN. ¡Gritabas...!

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Sí?

No me he dado cuenta.

Estoy sola.

Sí. Estoy sola. Y gritaba.

ABOGIN. Déjame que vaya a buscar a un médico. No tardaré...

ESPOSA DE ABOGIN. Tengo que escribir las cartas. Los maestros de ceremonias. La cacería. ¿Mañana? Ve mañana.

ABOGIN. ¿Mañana?

ESPOSA DE ABOGIN. Mañana. Llama al médico mañana. Sí. Ahora tengo hambre. ¿Está preparada la cena?

ABOGIN. Debe estar a punto.

ESPOSA DE ABOGIN. Tengo hambre. Tuve una infancia difícil. Tuve que olvidar. Los niños no seleccionan sus amigos, no escogen sus juguetes, no juzgan sus acciones. Yo sí. Tuve que ser más inteligente que todos ellos juntos. Tuve que ser cruel. Para no sufrir. No. Tuve que ser cruel. Y ahora, ¿en qué me he convertido? ¿Qué soy ahora? Soy aburrida. ¿Eso he ganado? Estoy bien, estoy bien. ¿Estás llorando? Vamos a cenar.

ABOGIN. Cómetelo todo, amor. Sabes que me pongo pesado pero lo hago por tu bien.

ESPOSA DE ABOGIN. En mi bien cabe mucho más de lo que imaginas.

ABOGIN. Cuando hablas así me cuesta tanto encontrar... cariño en tus palabras.

ESPOSA DE ABOGIN. Lo hay.

ABOGIN. Lo daría todo por ti.

ESPOSA DE ABOGIN. Lo sé. Lo sé desde hace mucho.

ABOGIN. Te daría mi salud.

ESPOSA DE ABOGIN. No creo que me haga falta.

ABOGIN. Mañana a primera hora vendrá el médico. Come. Quiero que te encuentre fuerte.

ESPOSA DE ABOGIN. No me encontrará nada.

ABOGIN. Dios lo quiera.

ESPOSA DE ABOGIN. Las cartas. Tengo que escribir las cartas...

ABOGIN. No te preocupes. En cuanto te acuestes, yo me encargo.

ESPOSA DE ABOGIN. ¿Vas a dejarme sola?

ABOGIN. ¡No! Enviaré a alguien... Si Papchinski estuviera aquí... Qué raro que no se haya presentado a cenar.

ESPOSA DE ABOGIN. ¿No dices que su coche está en...?

ABOGIN. Sí, y ahí sigue. Se habrá entretenido. Él podría llevar las cartas. Y avisar a un médico para que viniera a visitarte al alba...

Lentamente, la ESPOSA DE ABOGIN se lleva la mano al pecho. ABOGIN observa, desconcertado. La ESPOSA DE ABOGIN abre la boca sin articular palabra.

ABOGIN. ¿Amor?

La ESPOSA DE ABOGIN intenta gritar sin proferir sonido alguno y se desploma.

ABOGIN. ¡Amor!

ABOGIN se arroja sobre ella.

Intenta reanimarla, sin éxito.

ABOGIN sale corriendo.

La ESPOSA DE ABOGIN abre los ojos para comprobar que ABOGIN se ha ido.

Son las diez de la noche.

Suenan las campanadas de un reloj.

Una... Se incorpora.

Dos... Empieza a reír a carcajadas.

Tres, cuatro, cinco, seis... La risa se convierte en una nota aguda sostenida, en un quejido lírico de dolor...

Siete, ocho, nueve... La ESPOSA DE KIRILOV grita por penúltima vez en su vida. Y diez.

Aparece KIRILOV.

KIRILOV. Ha muerto.

Nuestro pequeño Andrei ha muerto. La casa entera huele a fenol.

La ropa huele a fenol.

Mis manos huelen a fenol.

¿Dónde está el orín de mi hijo? Aquí.

Aquí se orinó cuando lo llevaba a la cama. ¿Cuánto hace que esta mancha está aquí? Su orín huele a fenol. ¿Es que no queda más que ese horroroso olor? ¿Andrei? Ni su orín

sabe a orín ya.

En su último hálito acudimos los dos a su lado.

De manera instintiva, sin hablarnos.

Espero haber llegado a tiempo de que nos viera.

Antes de irse.

No quiero verle, no parece él.

En la camita, con los ojos abiertos.

Sus ojitos azules están planos.

Su boquita azul, un poco abierta.

Las manitas, en el embozo de las sábanas, ya no cogen nada.

No volverá a moverse jamás.

Parece sorprendido.

Y este olor que no se va.

Los ricitos amarillos.

Ni sus juguetes. Sus juguetes tampoco se irán.

¿Dónde están sus juguetes? ¿Por qué no están al lado de la cama? Ya no los quería.

Al llegar el final ya no los quería.

Nos miraba.

Simplemente nos miraba.

Quería decirnos que nos quería.

Queridos papá y mamá, os quiero.

Seguro que quería decirnos os quiero.

Os quiero.

Queríamos decirle que le queríamos.

Tú también intentaste decírselo, ¿no es así?

¿Nos oyó?

¿Nos vio decírselo?

Dime que sí...

Dime algo...

No simplemente miraba.

Qué carita de ángel.

No se lo esperaba.

Se quedó sorprendido.

Horror.

ABOGIN. ¿El doctor! ¿El doctor! ¿Está el doctor Kirilov!

KIRILOV. Yo.

ABOGIN. ¡Por el amor de Dios! ¡No sabe cuánto me alegra el encontrarle! ¡Tiene que venir conmigo de inmediato, se trata de mi mujer! ¡Un aneurisma, ha sufrido un aneurisma! Su padre murió de aneurisma. Creo que puede haber sufrido un aneurisma. Quedó sin sentido, estábamos cenando y quedó... Su corazón seguía latiendo, la llevé a su dormitorio, no reaccionó al amoníaco, ¿qué más podía hacer? Nadie del servicio sabía qué hacer. ¡Por favor, mi esposa...! ¡Acompáñeme! ¿No se acuerda de mí? Nos conocimos en casa de Gnuchev, estaba mi esposa también, seguro que se acuerda de ella, una mujer bellísima. Volamos juntos en globo. Hacía días que hablaba sola, no podía molestarla, tenía que permanecer sola, debería haber acudido antes a usted pero no creí que fuera tan grave. ¡Por favor!

KIRILOV. Disculpe... No puedo ir. Hace cinco minutos que ha muerto mi hijo.

ABOGIN. Cómo.

KIRILOV. Le digo que no puedo ir. Perdona. Hace cinco minutos que ha muerto mi hijo.

ABOGIN. Por el amor de Dios. Lo siento.

KIRILOV. Gracias. La casa entera huele a fenol. Cubre el olor de la muerte.

ABOGIN. ¿El olor de la muerte?

KIRILOV. El olor a nada.

ABOGIN. ¡Dios mío! Sepa que comprendo en el alma lo que usted siente, lo que está sufriendo, porque yo estoy tan cerca, casi en el abismo, tendiendo la mano a mi esposa, ¡ayúdeme! ¡Su vida depende de usted! Por Dios, si usted supiera, si se hiciera una idea de cuánto la amo comprendería que no le suplico en vano. No le estoy pidiendo una firma en un certificado o un remedio para un rasguño. Le estoy pidiendo que salve una vida. Si yo pudiera, daría mi vida por la de ella, lo habría hecho en el momento, pero no tengo ese don. Sólo tengo el don de amar y ahora ese don me fustiga sin cesar, como cien latigazos por cada minuto que pasa... Me siento tan impotente... No me diga que no, no hay ningún otro médico, tendría que viajar muy lejos y puede ser cuestión de tiempo... ¡Por favor, coja el abrigo y marchemos!

KIRILOV. Hay que ventilar la casa. Abrir todas las puertas y ventanas. Permitir que huela a nada. Se irá el fenol. Se irá la difteria. Se irán los ojitos azules y los ricitos amarillos. ¿Andrei? Tenía seis años. Seis años. Seis. Vivió seis años. Seis años de vida. Seis años... de recuerdos.

Parece un cuadro. Un cuadro que haya tardado seis años en pintarse. Un cuadro que si lo miras de cerca, descubres que está muerto. Sé que hice todo lo que estaba en mi mano. Lo sé. Y sé que fue nada.

Durante años he consolado a viudos, a viudas, a huérfanos, a padres que han perdido un hijo o una hija —¿cómo se llama a los padres que han perdido a su hijo? Faltan las palabras—. A todos ellos les ponía la mano en el hombro y se sobrecogían. Como doctor, representaba la voluntad de Dios. Me miraban con los ojos pequeños, anegados en lágrimas, y mi serenidad les hacía entender que no había otra opción. Así entendían mejor la muerte.

Aquí no hay mano en mi hombro. Ni mirada de serenidad. Es la muerte en estado puro. Cuánta belleza. Sangre. ¿Qué sucede? Un cuervo. En la ventana.

La naturaleza se conjura contra nosotros. Contra la humanidad. Nunca nos perdonará que rehuíamos el morir. Somos la única especie que ha dejado de creer en la última de las leyes de la naturaleza. Los gatos moribundos se esconden para que nadie les vea morir. Los elefantes emprenden el viaje hacia un cementerio secreto. En cambio, el hombre niega que ha llegado su hora. Lo niega hasta la saciedad, de todas las maneras

posibles, hasta el último momento. Y al final siempre es la naturaleza quien se ríe de nosotros. Envía a los cuervos, que huelen la sangre y los incendios. Envía a los gusanos, que horadan la carne para convertirla en suelo. Envía el silencio. Así se ríe la naturaleza. En silencio. En silencio viviremos en el futuro, bajo su sombra que nos ha arrebatado a nuestro único hijo. El silencio arde rápido y la casa se convertirá en cenizas y escombros. Esa será nuestra morada. Cenizas, escombros y cuervos en nuestros ojos.

Padres sin hijos.

¿Qué somos?

Daría mi vida por girarme y encontrarle erguido en la cama, mirándome.

Me da miedo girarme.

Verle jugando con sus juguetes.

Arrastrando su caballo de madera por el piso.

Le prometí que de mayor le compraría un caballo.

Le prometí...

Prometí.

¿Andrei?

Cómo se está riendo la naturaleza.

ABOGIN. ¿Pero qué hace? ¿No había ido a por el abrigo?

KIRILOV. ¿Qué dice? ¿Qué quiere?

ABOGIN. Mi mujer...

KIRILOV. Le he dicho que no puedo ir.

ABOGIN. ¡Puede morir! Está... Está sangrando...

KIRILOV. Me he cortado. Tengo una esquirola clavada en la lengua. ¿Cuándo ha sido?

ABOGIN. ¡Su hijo ya está muerto! ¡Pero mi mujer sigue con vida! ¡Aún tiene esperanza! ¿Por qué se la niega! No podrá cargar con otra muerte más sobre su

conciencia.

KIRILOV. ¿Cómo se atreve?

ABOGIN. No ve más allá de...

KIRILOV. Si su esposa estuviera muerta, ¿permitiría que alguien le alejara de su lecho de muerte?

ABOGIN. Yo no tengo poder de salvar vidas. Usted sí. Usted es doctor. No se niegue.

KIRILOV. Desde la muerte se niega todo.

ABOGIN. Pero aún hay vida. La vida de mi esposa. Compréndalo. Sea persona y...

KIRILOV. Por eso mismo no puede usted pedirme que deje a mi hijo... A mi mujer. No me lo pida, por favor, porque estoy obligado a acompañarle. He hecho un juramento...

ABOGIN. ¿Quién más que usted puede comprender lo que estoy a punto de sufrir?

KIRILOV. ¿Cuánto tardaríamos en volver?

ABOGIN. Una hora. En una hora le prometo que está de vuelta. Mi casa está a unas trece verstas. Tengo buenos caballos. Los mejores.

KIRILOV. ¿Una hora?

ABOGIN. No más.

KIRILOV. Vamos. Una hora.

ABOGIN. Sepa que le agradezco... Suba al carruaje.

ESPOSA DE KIRILOV. Las tijeras.

Arden.

Los libros. Arden.

Las vendas.

Las cucharas.

El agua de cal.

Arden.

Los frascos.

Los tarros.

Las cajitas. El esposo.

Arden. La casa está en llamas.

El silencio prende.

Lo prende todo.

Los cuervos acuden al incendio. Necesitan pintarse las alas con humo.

Montones de cenizas a mi alrededor, toneladas de montones de cenizas que guardar en la urna de los recuerdos.

Los primeros días guardaré la urna muy cerca de mí, apretada contra el pecho, la llevaré conmigo a todas partes. Con el paso del tiempo, aprenderé a dejarla en un lugar seguro, comprenderé que no es necesario cargar con ella a todas horas. Y la dejaré en el comedor, en el centro de la mesa, para recordar que ya no son tres los cubiertos que hay que poner, sino dos.

Mi esposo y yo no hablaremos de nada.

Hablaremos del silencio.

Sólo eso nos une a partir de este momento.

La belleza de un cuadro en silencio es capaz de retener a las almas que lo contemplan hasta la eternidad. Nos convertimos en naturaleza muerta.

Nunca más saldré de casa.

Quizás para el entierro de mi esposo.

Quizás para el mío propio.

Y después todo habrá acabado.

Crueldad.

Tener la muerte como única esperanza.

Las tijeras.

ABOGIN. ¿De verdad que no sabe quién soy?

KIRILOV. Ha dicho que nos conocimos en...

ABOGIN. En un viaje en globo. También estaban mi mujer y un amigo, Alexandr Papchinski.

KIRILOV. No me acuerdo de ustedes. Sólo recuerdo la cara de mi hijo. Parecía tan feliz. Había alguien más, ¿no es así?

ABOGIN. No. Sí. Un sirviente. Negro.

KIRILOV. Y muchos cuervos.

ABOGIN. No. Eran cornejas. Una bandada de cornejas. Gracias por venir. Valoro y admiro su humanidad.

KIRILOV. Qué luna más roja.

ESPOSA DE KIRILOV. Los libros. Qué desordenado está todo. No tengo fuerzas para moverme. Creo que nunca más tendré fuerzas para moverme. No podría ni girar el pomo de la puerta. Para el resto de los días me quedaré aquí, en la habitación en que mi hijo...

No puedo tener más hijos.

Tu padre no puede tener más hijos conmigo.

Los árboles brillan al lado del camino. Mirar por la ventana siempre me ha dado miedo. Es como salir de casa pero con el pensamiento. Me hace sentir pequeña, insignificante. Un arbusto se enciende de rojo en la orilla del lago. Su sombra es roja también. Y el cielo está arañado de nubes negras. No se ven las estrellas. Nadie nos mira, hijo mío.

Nadie nos ve. Es un buen día para morir.

KIRILOV. Por favor, dé media vuelta. Se lo ruego. Iré a su casa más tarde. Sólo quiero avisar a alguien para que esté con mi mujer. Está sola.

ESPOSA DE KIRILOV. El día que te concebimos el amor nos estremecía. Se me subía por aquí, por los brazos, hasta los hombros y el cuello y grité, no, no grité, suspiré. Un suspiro largo.

Dónde está. Quiero hacer el amor, conocer en el límite si soy valiente, para continuar, o cobarde, para abandonar.

Desde que naciste no había vuelto a sentir esta necesidad de hacer el amor. Me avergoncé tanto de mí misma... Me sentí otra. Plena. Me desconocía. Tu padre me apartó los cabellos del rostro y me preguntó qué me sucedía, si estaba bien. Le sonreí. Lo que sentía... Eso que me recorría todo el cuerpo... Era tan intenso... Sé que eres muy pequeño para oír todo esto pero... No sé si eres muy pequeño. De hecho, ya no tienes edad.

Podría amarte como a un hijo tal como podría amarte como a un esposo tal como podría amarte como a un padre. La muerte confiere ese poder, el de aceptar.

Sin embargo, yo, en vida, no acepto. No acepto que te hayas ido. Te necesitamos. Eres nuestro hijo. El único. El último. Con el tiempo, lentamente, nos desvaneceremos como dos matorrales estériles que se arrastran de invierno en invierno sin esperanza hasta que la raíz se pudra y el tallo caiga convertido en una nube de polvo.

No puedo tener más hijos.

Él, en cambio...

Recoge las tijeras. Le cuesta asirlas. Sonríe con una mueca.

ESPOSA DE KIRILOV. Son para zurdos. ¿Para qué morir? Sólo viva puedo estar contigo. GRACIAS AL DOLOR PUEDES VIVIR EN MÍ. Es lo único que me queda.

EL DOLOR. Dicen que el tiempo lo cura todo. Yo espero tener esta herida siempre sangrante porque si, en algún momento se cerrara y dejara de sentir, te buscaría.

Es un buen día para morir, no lo niego.

Pero tal vez haya otros.

Lo dejo en manos del destino.

ABOGIN. ¡Hemos llegado! No se oye nada, parece que todo está igual. ¡Sígueme! ¿Y los criados? ¿Y mi mujer? Siéntese aquí, doctor. Voy a avisar de nuestra llegada.

KIRILOV se sienta. Espera.

Silencio.

Pasan los minutos.

La ESPOSA DE KIRILOV mira la ventana.

Recoge las tijeras de nuevo.

ABOGIN coge una carta. Lee.

La ESPOSA DE KIRILOV se clava las tijeras en el cuello.

KIRILOV estalla en llanto.

Su esposa cae muerta.

El semblante de ABOGIN se transforma.

Y gruñe como un lobo herido.

ABOGIN. Perra.

Perra.

¡Perra!

¡Es una perra!

¡Se puso enferma y me envió a buscar un doctor para poderse fugar con ese puerco de Papchinski! ¡Mi mejor amigo! ¡Ja! ¿Cómo puede ser? ¡Y delante de mis narices! Me ha abandonado... ¡Me ha abandonado! ¿Cómo ha podido! Si esta misma tarde hablábamos de la cacería del fin de semana... Maldita víbora, lo tenía todo planeado, sí, para que no me diera cuenta, para que no sospechara. Y sus conversaciones en voz alta, a solas, ¡patrañas!, era Papchinski, con él hablaba, por eso eran tantas sus visitas, cada noche lo teníamos en casa, y yo, estúpido de mí, me tragué el cuento de la sirvienta. “Voy atrás” me decía y yo le sonreía y le abrazaba como a un colega. “Estás hecho un conquistador”, le decía, “suerte.” “Suerte” para robarme a mi esposa, para arrebatármela, ¡y en mi propia casa! Maldito cretino. Ha sido él, todo ha sido una

conjura de él, ella me quería, me amaba, nos amábamos tanto...

Y tantas veces encerrada en su habitación, hablando sola, y tantas veces refiriéndose a la muerte de su padre, todo, ¡todo para preparar esta huida vil!

Pero, ¿desde cuándo? ¿Desde cuándo planeaba fugarse, desde cuándo urdía este plan fatal? ¿Semanas? ¡Qué va! ¡Meses! Meses enteros viviendo en el engaño día tras día.

Y cuando me miraba, ¿a quién veía?

KIRILOV. No entiendo...

ABOGIN. No me veía. Era tan invisible para ella como un jarrón o una alfombra. Algo que tener en cuenta para no tropezar y poder seguir reptando por la casa como una mentira recubierta en escamas. Y el pañuelo de Papchinski en su escritorio. ¿Cómo pude estar tan ciego? ¿Cómo!

KIRILOV. ¿Qué ocurre?

ABOGIN. ¿No lo ve con sus propios ojos!

KIRILOV. ¿El qué?

ABOGIN. ¡Me ha destrozado!

KIRILOV. Está hablando de su mujer...

ABOGIN. ¡No estaba enferma! ¡Lo ha fingido! ¡Para escapar con mi mejor amigo!

KIRILOV. Escuche... Llevo tres noches sin dormir, mi hijo ha muerto, mi mujer está sola en casa... Cómo...

ABOGIN. Quizás no... Quizás ya no me amaba. ¿En qué me equivoqué? ¿Cómo han podido cambiar sus sentimientos? Y delante de mí, sin que yo me percatara de nada...

KIRILOV. ¡Cómo se atreve!

ABOGIN. ¿No lo entiende?

KIRILOV. ¿El qué!

ABOGIN. Todo este tiempo he vivido con una desconocida.

KIRILOV. ¿De qué me habla!

ABOGIN. ¿Cómo puede ser? Ella misma me dijo que estaba enamorada de mí. Y nos casamos. Yo era músico, ¿no se lo he dicho antes? Tocaba el piano y ella, arrodillada en el suelo, a mi lado, me miraba con unos ojos tan tiernos, con tanta devoción... Me pidió que le compusiera una canción. Le escribí una sonata. Le puse título: “Belleza en la cumbre.” “Belleza en la cumbre”... Le tocaría la sonata por primera vez en un lugar especial. Así tenía que ser. Hice llevar el piano a la cima de una colina y cubrí la cola con una tela blanca que se esparcía por toda la ladera. Y apareció la luna, la luna llena, redonda como un huevo, blanca como un ópalo, inmensa, clavada en la cima de la colina. Mi esposa llegó en una calesa. Le ayudé a bajar del carruaje y la acompañé hasta un lecho de pétalos blancos dispuesto al lado del piano. Sentíamos tanto amor el uno por el otro... Ella se arrodilló sobre los pétalos y yo toqué el piano bajo la luz de la luna. “Belleza en la cumbre.” Cuando acabé, ella... Los sirvientes con los ojos llenos de lágrimas y ella... Ella no. Empezó a reírse.

KIRILOV. ¡Basta!

ABOGIN. ¡Se reía! ¿Ha oído alguna vez reírse a una mujer? ¡Me dio miedo!

KIRILOV. ¿Por qué me cuenta todo esto?

ABOGIN. ¡Me dijo, me dijo que había comprendido cómo era yo en realidad y que a partir de aquel momento, mi música sería ella! Y después de aquella noche nunca más

toqué el piano. Se ponía celosa... Tuve que aprender con el violonchelo pero es diferente, me cuesta tanto...

Por fin entiendo. Ha roto uno a uno los hechizos de nuestro amor. Y me ha roto a mí.

KIRILOV. Lléveme a casa.

ABOGIN. Le dije que en una hora estaría de vuelta. Aún hay tiempo. Y ya no es mi esposa quien está enferma. Soy yo. Apiádese de mí. Quizás habría sido mejor que estuviera realmente enferma y hubiera muerto... Apiádese...

KIRILOV. ¿Que me apiade de usted? Se me obliga a escuchar un melodrama infame mientras mi mujer está sola con mi hijo recién fallecido, se me hace partícipe de una parodia a cada vuelta más ridícula en la que nada tengo que ver, actúo como comparsa de una situación patética, exagerada y cochambrosa y además se atreve a pedirme que la viva como algo trascendental. Que me apiade de usted, ¿dice? ¿Se apiada usted de mí? No, usted se ríe de mí, de mí y del sufrimiento humano. Vive como quiere, se concede todos los caprichos, satisface los designios de una mujer celebrando festejos desproporcionados, realiza extravagancias con el propósito de alimentar su ego carente de contenido. No se preocupe, es lo único que puedo decirle, en el futuro tendrá tantas mujeres como desee: está usted tan vacío que no existe presa más fácil sobre la faz de la tierra.

ABOGIN. ¿Vacío? ¿Eso le parezco, vacío? Sacrifiqué mi pasión por el piano para no perderla. Abandoné a mi familia para darle el techo que se merecía. Me endeudé hasta las cejas para pagar cada palmo de tierra que ve. Si amar es estar vacío, no me queda más remedio que darle la razón. No, yo creo que estoy solo.

KIRILOV. Usted es un necio.

ABOGIN. ¿Está diciendo que le di demasiado? ¿Que la amé en exceso? No, no podría haber sido de otra manera... Yo la amaba. ¿Qué fue mal? ¿Qué falló? ¿Por qué me ha abandonado con semejante saña?

KIRILOV. Pregúnteselo a ella. ¿Cree que yo puedo responderle? Si quiere voy a buscarla y se la traigo para que le dé cuatro azotainas en el trasero y pueda decirle que todo esto no vuelva a repetirse. Es usted ridículo. Usted y los que son como usted. Se quejan por vicio y acaban por cansarse de sus mujeres, siempre encerradas en casa. Se cansan de poseer, el tedio les domina y se buscan una amante, o dos, o tres con las que puedan permitirse nuevos despilfarros, nuevas depravaciones para satisfacer su caridad de lujo, para organizarles cacerías, para tocarles el piano o el trombón a la luz de la luna. Podrían montar un harén si quisieran pero ay si una sola de ellas desapareciera o huyera, perder una propiedad les desequilibra. El poseer les reafirma, y cuanto más poseen, más seguros están de sí mismos. Yo le prometo que le traigo a su mujer si usted me promete que me devuelve a mi hijo, ¿acepta el trato? Por favor, no me haga perder más el tiempo. No soy su lacayo. No soy su prostituta. Mi tiempo no le pertenece, no intente robármelo. Quizás crea que sí, que estoy a su disposición porque soy doctor y estoy obligado a auxiliar a cualquiera que necesite de mis conocimientos, sí, quizás pueda obligarme a permanecer con usted, quizás pueda atarme en su perrera como a un perro más, pero no podrá cambiar mi voluntad. Esclavíceme si quiere con su perorata pero no intente que le dé la razón. Usted no puede cambiar la voluntad de una persona. Puede intentar quebrarla, pero cuidado, como un junco se astillará en sus manos. Conseguirá romper el tallo, sí, pero le costará su esfuerzo.

ABOGIN. ¿Qué insinúa? ¿Que le estoy reteniendo? Está loco...

KIRILOV. Insinúo que mi voluntad en estos momentos es regresar al lado de mi esposa que me necesita más que nunca. Y que por más lágrimas que derrame, sepa que su olor a perfume y prostitución le precede y que sus desgracias son tan irrisorias como la falta de sudor en sus manos.

ABOGIN. Usted no sabe con quién está hablando.

KIRILOV. Sí lo sé. Con un egoísta, con un egoísta ante el cual tengo que sacrificarme como un esclavo por un juramento que... ¡Usted no ha jurado nada! ¡Nunca ha jurado

nada! ¡Sólo sabe recibir, ese es su cometido en esta vida: recibir para enriquecerse, para poseer, para dominar! Usted y la gente como usted me han hecho jurar...

ABOGIN. Miserable.

KIRILOV. ¡Sí, lo soy! ¡Un miserable! ¡Soy un miserable! ¡Un miserable que detesta a la gente como usted!

ABOGIN. No me detesta. Me envidia.

KIRILOV. No me provoque... No me obligue a rebelarme...

ABOGIN. Entonces tenga. Para calmar su conciencia. Sus honorarios, por sus servicios.

KIRILOV. ¡No me desafíe! ¿Cree que todo lo puede comprar? Es usted odioso, ¡despreciable!

ABOGIN. Váyase. ¡Váyase, desgraciado!

KIRILOV. Monstruo...

ABOGIN. El cochero le llevará de vuelta. Fuera de mi casa.

KIRILOV. Voy a...

ABOGIN. ¿Me está amenazando! ¿Usted! ¡Fuera de mi casa!

KIRILOV le observa con odio.

ABOGIN empieza a gruñirle.

KIRILOV entra en conflicto.

Son dos lobos a punto de matar.

Finalmente, KIRILOV se contiene y se aleja.

Los gruñidos de ABOGIN se transforman en un llanto ahogado.

KIRILOV. La luna ha desaparecido.

O se ha vuelto negra.

Como mi corazón.

Asco.

Me doy asco.

Encontrarme con mi esposa, el único vestigio de luz que guía mi cordura.

Sólo porque debía volver... Debía volver...

Sólo por eso no he cometido lo atroz.

Algo de lo que me hubiera arrepentido toda la vida.

Y en cambio no deseo otra cosa.

Jamás el corazón me había dolido tanto como me duele ahora.

De desprecio.

Perdóname, Andrei, pero ya sólo me cabe desprecio.

Desprecio.

Crueldad.

Odio.

Encuentra el cuerpo de su esposa sin vida.

KIRILOV. ¡ODIO!